

CERTEZA Y CONVICCIÓN DE LA PALABRA

17-18 de diciembre 2011

Gabriel Ferrer y Yolanda Rodríguez

2 de Corintios 1: 20

²⁰porque todas las promesas de Dios son en él sí, y en él amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios.

Nuestro caminar con el Señor, nuestra vida en un Evangelio de poder para sostenernos, guardarnos en este mundo y darnos la herencia en los cielos.

Ciertamente tenemos nuestra mirada en el galardón, en Jesús autor y consumidor de la fe; nos sostenemos viendo al invisible; por lo cual soportamos las pruebas, las tribulaciones, a pesar de que en medio de ellas nos debilitamos, casi en ocasiones desmayamos, pero sentimos el amor de Dios que se ha derramado en nuestros corazones por su Espíritu Santo que nos ha sido dado.

- Y mientras esperamos el cumplimiento de la mayor de las promesas del Señor, el estar con Él por la eternidad, en gozo eterno, promesa que muchas veces hemos anhelado que se cumpla pronto, vivimos esta vida de luchas, aflicciones, dolor, aflicción, pero también de esperanza y victoria.

- Y en medio de esta vida de luchas nos sostiene la Palabra de Dios, sus promesas que son en Cristo sí, en Cristo amén, así se hará, así se cumplirá, así es. Vivimos en un constante aprendizaje cuyo maestro es el Señor y como aprendices muchas veces nos cuesta aprender las lecciones de nuestro amado maestro y sus métodos muchas veces son dolorosos; pero definitivamente dan el resultado perfecto, el fruto de justicia, santidad y obediencia en nosotros.

Hoy en este mensaje el Señor quiere recordarnos sus promesas, la certeza y convicción de su Palabra.

Cuántos de ustedes han estado en situaciones tan adversas, tan dolorosas, rodeados de acontecimientos enemigos, contrarios a lo esperado, eventos que rayan en el desespero e incluso en lo imposible porque todo alrededor se viene en contra tuya, en contra de lo que Dios te ha dicho personalmente y lo que te ha dicho a través de su Palabra.

Déjame decirte que esas situaciones fueron permitidas por el Señor como parte de su pedagogía perfecta y su gran y perfecto objetivo: llevarnos a que dependamos total y absolutamente de su Palabra, crear en nosotros la certeza y la convicción de que ella es fiel y verdadera, que salió de la boca de Dios y se cumplirá cabalmente.

El apóstol Pablo vivió tantas situaciones que no se comparan con la que por lo menos nosotros vivimos; fueron situaciones fuertes, terribles, durante las cuales aprendió a depender totalmente de la Palabra de Dios; una de ellas la encontramos narrada en 2ª de Corintios 1: 8-10:

⁸Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida.

⁹Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos;

¹⁰el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré de tan gran muerte.

Dios permitió que Pablo llegara al borde de la prueba, al extremo, la misma muerte para que su fe en Él, creada mediante la Palabra, fuera grande, tan grande que fuera capaz de decir con certeza y convicción: el cual nos libró, nos libra y nos libraré.

Por ello Pablo dice más adelante que las promesas de Dios son en Él (Cristo) sí, y en Él amén (así es) porque:

- El que nos confirma es Cristo (2 Corintios 1: 21)
- Y el que nos ungió es Dios (2 Corintios 1. 21)
- Y el que nos ha sellado es Dios (2 Corintios 1: 22)
- Y el que nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones es Dios (2 Corintios 1: 22).
- Porque por la fe estamos firmes (2 Corintios 1: 24).

¿De dónde surge la convicción y certeza que constituyen nuestra fe?

De la Palabra de Dios escrita y la que Él nos da directamente cuando oramos o cuando nos da un mensaje a través de un siervo ungido, lleno del Espíritu Santo, que es enviado a nosotros y que está en total concordancia con la Palabra escrita de Dios, nunca la contradice, quita o agrega algo a ella.

Dios nos habla a través de estos medios, promete y como es Palabra salida de su boca, es fiel y verdadera, y tendrá cumplimiento exacto en un tiempo predeterminado por Él en su absoluta soberanía.

De tal manera que el creyente no decreta, sino que confiesa o declara la Palabra escrita. No visualiza, sino que mira de lejos lo que Dios le ha prometido conforme a su voluntad. Ningún ser humano puede decretar, si lo hace, está tomando el lugar de Dios quien es el único soberano que hace decretos. Finalmente, el creyente bendice por fe.

Mira como Hebreos 11: 13 nos explica esto (el resaltado es nuestro):

¹³Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido **lo prometido**, sino **mirándolo de lejos**, y **creyéndolo**, y saludándolo, y **confesando** que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.

Obsérvese los términos: prometido, mirar de lejos, creer, confesar. Y estos no recibieron en vida lo prometido, pero lo recibirán, pues es la promesa de Dios de la tierra prometida que se cumplirá en el Milenio.

La certeza y convicción provienen entonces de la Palabra escrita y hablada por Dios; veamos esto:

1. Noé fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían (Hebreos 11: 7), fue dada la palabra de juicio y Noé creyó y con temor construyó el arca. De la misma manera Dios nos habla del juicio que ha de venir sobre el mundo, el cual creemos y por ello estamos preparando un arca en la que nuestros hijos, nuestra familia sea salva, creyendo y predicando.

2. Abraham fue llamado (Hebreos 11: 8) y obedeció; se le prometió una tierra, la cual es espiritual.
3. Sara recibió promesa de Dios acerca de Isaac, a quien tendría pese a su esterilidad, pues creyó que era fiel quien lo había prometido (Hebreos 11: 11).
4. Abraham recibió promesa de Dios sobre Isaac con respecto a que en él le sería otorgada descendencia y ofreció a su hijo (Hebreos 11: 17) porque creyó en la promesa y en el poder de Dios para resucitar muertos (Hebreos 11: 18-19).
5. Isaac bendijo a sus hijos, con certeza y convicción de que él tenía el respaldo de Dios para hacerlo; de la misma manera que nosotros podemos bendecir a nuestros hijos, familiares y demás personas.
6. José recibió palabra profética de parte de Dios sobre la salida de los hijos de Israel por lo cual dio mandamiento sobre sus huesos (Hebreos 11: 22).
7. Los padres de Moisés creyeron en la protección de Dios para su hijo, por lo cual lo escondieron. Pues el Señor es nuestro guardador, nuestro castillo, nuestra fortaleza.
8. Moisés tenía la certeza y convicción de que el vituperio de Cristo era mejor que los deleites temporales del pecado; por ello no dudó y escogió ser maltratado con el pueblo de Dios, pues su mirada estaba puesta en el galardón, la vida eterna: Hebreos 11: 24-26.
9. Todos los demás recibieron Palabra de Dios, mandato de Dios que fueron cumplidos en obediencia (Hebreos 11: 27-9).

Ninguno de los mencionados decretó nada; solamente recibieron la Palabra de Dios, recibieron la promesa y el mandamiento el cual creyeron, por lo que recibieron recompensa.

Ahora la pregunta que surge después de haber analizado todos estos ejemplos es: ¿dónde me encuentro yo? ¿Cuál es mi certeza y convicción en la palabra de Dios?

Esta pregunta es aún más crucial cuando estamos en momentos difíciles: la pregunta es si podemos decir como Pablo que Dios nos libró, nos libra y nos libraré; decirlo con certeza y convicción, verdaderamente sembrados y arraigados en su palabra.

Ella dice:

- Que Dios galardona a los que le buscan: La Palabra de Dios enseña que sólo agradan a Dios los que creen que existe y que es galardonador de los que le buscan (Hebreos 11: 6). Y este galardón es el Cielo; pero también se refiere a nuestro caminar con Él en la Tierra.
- Que no tema (Mateo 8: 26).
- Que mis enfermedades las llevó Cristo y sufrió nuestros dolores. (Isaías 53: 4).
- Que por la Palabra puedo echar demonios y sanar enfermos (Marcos 16: 17-18).
- Que Él guarda mi depósito para aquel día (2 Timoteo 1: 12).
- Poderoso para hacer más de lo que pido (Efesios 3: 20).

- Que Él es mi guardador: Salmo 121, una voz que se levanta a decir: "¿De dónde vendrá mi socorro?": hoy declara esta palabra: "Mi socorro viene de Jehová que hizo los cielos y la tierra".
- Que los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no desprecia el Señor. Salmo 51: 17. Y todas las veces que sean necesarias, me humillaré delante de Dios para implorar su favor; contristaré mi corazón pues sé que él no rechazará la ofrenda de mi corazón humillado y confiado en su poder y misericordia. Estás pasando por momentos difíciles, terribles, no te canses de clamar a Él, y de implorar su misericordia; cuando Jesús caminaba, muchos iban detrás de Él y le decían: Jesús Hijo de David, ten misericordia de mí. Y clamaban por salvación, sanidad, liberación, consolación.
- Es Él el que dice: "E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás" (Salmo 50: 15). "Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces" (Jeremías 33: 3). Clamar, no es simplemente llamar, es llamar a voces, permanentemente con todo el corazón, aún con llanto.

Si hemos recibido al Señor, le buscamos con todo el corazón, si guardamos su Palabra, le obedecemos, estamos en santidad, su Palabra se cumplirá en nosotros, su Palabra nos vivificará (Salmo 119: 25, 107), nos sustentará (v. 28), será confirmada (v. 38), su misericordia vendrá a nosotros y el diablo huirá avergonzado (v. 41-42), pero nuestros hermanos se gozarán con nosotros y serán fortalecidos y consolados (v. 74), el Señor nos hará bien conforme a su Palabra (v. 65).

Ferrer, G., Rodríguez, Y. (2011). "Certeza y convicción de la Palabra". Iglesia Cristiana Berea (Personería Jurídica Especial 6026 del Ministerio del Interior. Nit 900403853-0). Barranquilla.

Por eso, le debemos decir al Señor, con toda humildad, fe y mansedumbre:

"Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hechos esperar, ella es mi consuelo en mi aflicción" (v. 49).

Por eso debemos recordar las maravillas de su palabra: "Me acordé oh, Jehová de tus juicios antiguos y me consolé" (v. 52)

Por eso debemos declarar y confesar:

"Para siempre oh, Jehová, permanece tu palabra en los cielos. De generación en generación es tu fidelidad" (v. 89-90).